nidos hasta los primeros años del siglo XVII por los clásicos *aragoneses*, si bien éstos revelan una tendencia bastante determinada en favor de la poesía tradicional castellana; pero ambas tendencias (la de los salmantinos y la de los aragoneses) reflejan el espíritu de la antigüedad pagana, por lo que las hemos considerado como ramas de un mismo árbol, como dos manifestaciones de la *escuela clásica*. Representan, por tanto, la variedad dándose dentro de la unidad.

Debe advertirse, á fin de no dar lugar á anacronismos, que en el tiempo que media entre la rama que hemos denominado salmantina y la que llamamos aragonesa, de que ahora nos proponemos tratar, se manifiesta la *escuela oriental*, de que en la leccion próxima hablaremos, y casi á la vez se comienzan á cosechar los frutos del mal gusto, que da lugar á la formacion de las escuelas *conceptista*, *culterana* y *prosáica* que examinaremos despues. El método que adoptamos obedece, por tanto, al propósito de presentar seguidamente todo el desenvolvimiento de la *escuela clásica* y no se funda en el órden cronológico.

Continuadores de la escuela clásica, ó mejor dicho, jefes de su rama *aragonesa*, son los dos hermanos LUPERCIO Y BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA, naturales de Barbastro, provincia de Huesca, y oriundos de una distinguida familia italiana. LUPERCIO nació en 1563 y BARTOLOMÉ en 1564. Ambos cursaron en la histórica Universidad de Huesca filosofía, historia y letras clásicas: Lupercio se dedicó á la vida pública y Bartolomé á la eclesiástica. El uno pasó á Zaragoza donde estudió elocuencia y lengua griega, y el otro se quedó en Huesca hasta recibir el grado de Doctor en derecho civil y canónico. Ambos gozaron de la proteccion de doña María de Austria, hermana de Felipe II y viuda del emperador Maximiliano II, la cual nombró secretario suyo á Lupercio. Casado éste con doña Bárbara de Albion, de la que tuvo un hijo, y despues de haber sido Presidente de la Academia Imitatoria, fué nombrado gentil-hombre de cámara del archiduque Alberto, y más tarde, y á pesar de haber tomado parte activa en las alteraciones ocurridas en Aragon con motivo de la huida de Antonio Perez, fué honrado por Felipe III con el cargo de cronista de dicho reino. El Conde de Lemos le hizo secretario de Estado y de Guerra de su vireinato de Nápoles, en cuya ciudad murió en 1613 á los cuarenta años de edad. A la influencia de Lupercio debió Bartolomé el curato y rectoría de Villahermosa, que obtuvo en 1588. Ayudó á su hermano en el manejo de los negocios y tambien estuvo al lado del Conde de Lemos, hasta que próximo á terminar el gobierno de éste, volvió en 1616 á Zaragoza, de cuya ciudad habia sido nombrado canónigo, y á donde le llamaba el cargo de cronista del reino de Aragon, que como su hermano, obtuvo. En dicha ciudad murió á 26 de Febrero de 1631, no sobreviviendo á su hermano mas que 18 años (1).

A pesar de que cultivaron otros géneros literarios, como á su tiempo veremos, los Argensolas dieron desde su juventud señaladas muestras de su aficion á la Poesía. Por su aplicacion, talentos y saber, fueron muy estimados de sus contemporáneos, á quienes merecieron el nombre de *Horacios españoles*, título que, ciertamente no puede aplicárseles sino con alguna exageracion, y que debieron, sin duda, más que á sus disposiciones poéticas, á la proteccion que dispensaron á las letras. Lo cierto es que ambos hermanos gozaron, en Madrid sobre todo, de mucha fama y autoridad: Cervantes y Lope de Vega los elogian, llegando á decir el último que «le parecia que habian venido de Aragon á Castilla á enseñar el castellano.»

Con sobrada razon pudo decir esto nuestro gran dramático de quienes, como los Argensolas, manejaron el lenguaje con correccion y propiedad sumas. Esta circunstancia, unida á las no ménos estimables de una circunspeccion y

(1) Sobre la biografía y juicios críticos de los Argensolas, puede consultarse el tomo XLII de la *Biblioteca de Autores españoles*, de Rivadeneyra, donde se hallan las obras poéticas de ambos hermanos. En el capítulo XXX del tomo III de la *Historia de la literatura española* de Ticknor se hallarán tambien noticias, aunque escasas, de estos poetas, que el Sr. Gil de Zárate trata tambion con poca detencion, en su *Resúmen histórico de la literatura española* (segunda parte de su Manual de Literatura).

cordura grandes, de una erudicion vasta y de una severidad de doctrina poco comun, bastan para asignarles lugar muy distinguido en nuestro Parnaso, sobre todo tratándose de unos tiempos en que se empezaba á hacer gala de torturar el idioma. En justo tributo á sus méritos, debemos dejar asentado que los Argensolas supieron apartarse del camino que ya habian empezado á recorrer los conceptistas y culteranos.

Si respecto del lenguaje poético hay que reconocer que los Argensolas fueron castizos y esmerados y fáciles versificadores, por lo que el idioma pátrio les debe mucho, necesario es tambien decir que en el género lírico no son abundantes y se presentan sin riqueza ni elevacion. Aparecen haciendo alarde de notable ingenio reflexivo, de exquisito gusto, de mucha sencillez y naturalidad y de no poca elegancia en la diccion; pero generalmente están desprovistos de calor, de entusiasmo y de fantasía. Las virtudes mismas que hemos señalado, hijas del estudio más que de la espontaneidad, engendran en sus composiciones defectos, como el prosaismo, que aminoran el mérito que en realidad debieran tener.

Propusiéronse los Argensolas imitar á Horacio, mostrando una gran adhesion á las doctrinas contenidas en el Arte poética del vate latino, únicas en que veian salvacion para las letras castellanas. Tuvieron, por lo tanto, en gran estima la poesía filosófica, en la cual llevaba la ventaja Bartolomé, que sin disputa es más profundo que Lupercio, como lo prueba en sus *epístolas*, en las cuales, imitando á Horacio, muestra su aficion á las reflexiones y máximas morales. Los dos hermanos escribieron *odas* y *canciones*, que no son las mejores de sus obras, pues generalmente carecen de entusiasmo, de vida y de movimiento: circunstancia que se refleja en todas sus composiciones eróticas, en las cuales se echan de ménos la gracia y ternura propias de este género de poesía. Sus *sonetos*, entre los cuales los hay muy buenos, prueban esto mismo que decimos, pues comunmente entrañan una reflexion moral ó religiosa, siendo de advertir que hasta en los sonetos eróticos manifiesta Bartolomé esta tendencia. Lupercio se sustrae algo á ella, no tanto en sus sonetos, que tambien los tiene buenos, como en sus *décimas* y *redondillas*.

Como pudiéramos comprobar con multitud de ejemplos, si el lenguaje es castizo y la versificacion fluida, la pasion nunca mueve lo bastante el ánimo de los poetas que nos ocupan. Esta circunstancia es más de notar todavía en la *Sátira*, género que los Argensolas cultivaron con no poco provecho y para el cual no carecen de energía, si bien son duros y aparecen faltos de vivacidad, merced á lo mucho que amplifican los pensamientos. «Es triste, dice Quintana á »este própósito, ver que no salgan jamás de aquel tono des»abrido y desengañado que una vez toman, sin que la indig»nacion hácia el vicio los exalte, ni la amistad ó admiracion »les arranque un sentimiento ni un aplauso, y que parezca »que nunca amaron ni estimaron á nadie.» Y cuenta que el carácter sesudo y el espíritu grave y reflexivo de los Argensolas, no ménos que su tendencia hácia la poesía ingeniosa y discreta, les hacen más aptos para el cultivo de la sátira que para el de ningun otro género. La mayor parte de las sátiras que escribieron estos poetas, son invectivas contra los cortesanos (1).

A pesar de todo lo dicho, los Argensolas merecen ser estudiados y ocupar un lugar distinguido en nuestra literatura. Sus caractéres, sus talentos, sus aficiones, sus estudios, todo, en fin, contribuye á considerarlos como afiliados en la escuela clásica, si bien diferenciándose de los primeros cultivadores de ésta por su apego á la antigua poesía nacional y por la menor sensibilidad, ternura, viveza, energía, fuego y galanura en la frase que revelan sus producciones.

Uno de los primeros discípulos de los dos ingenios de que acabamos de tratar, fué Cristóbal de Mesa, cuyas poesías líricas se imprimieron en 1611 y fueron aumentadas en 1618. Segun él mismo dice, hubo en un principio de proponerse por

(1) Cuando tratemos de los géneros poéticos compuestos, diremos algo acerca de cómo manejaron la sátira los Argensolas.

modelo á Herrera: pero su permanencia en Italia le hizo, sin duda, variar de estilo, pues lo cierto es que Mesa imitó y hasta plagió á los Argensolas, y como éstos, se adhirió á las doctrinas contenidas en la Poética de Horacio, y tradujo algunas de las églogas de Virgilio.

Tambien debe mencionarse al PRÍNCIPE DE ESQUILACHE, discípulo de los Argensolas, á quienes trató de imitar. Llamábase *D. Francisco de Borja*, pues el título que llevó era de su mujer, heredera del principado de *Squillace* en el reino de Nápoles. Créese que el poeta que nos ocupa nació en Madrid por el año de 1578. Fué hijo de Juan Borgia, conde de Ficalo, y de Francisca de Aragon. Tuvo muchos honores y riquezas y despues de haber sido virey del Perú, murió en Madrid el 26 de Setiembre de 1658, cuando contaba ochenta años de edad.

En los ratos de ócio que los cuidados de la vida pública le dejaban, Borja se dedicó á la Poesía, que cultivó con provecho. Tomó de los Argensolas la naturalidad y sencillez, por lo que sus mejores composiciones líricas son los *romances ligeros* y las *letrillas*, entre las cuales hay algunas que no tienen rival. En ellas revela gracia y facilidad sumas, y á veces ternura, cualidad que manifiesta más aún en los *sonetos* y *madrigales*, que sin ser mejores que las letrillas, suelen tener mucho mérito: el soneto *A un ruiseñor*, puede servir de ejemplo. Como los Argensolas, sus maestros, el príncipe de Esquilache cultivó la epístola en verso, por más que en ella no llegase nunca á estar á la altura que en sus producciones ántes indicadas.

Más nombrado que los dos anteriores fué otro discípulo de los Argensolas, llamado ESTEBAN MANUEL DE VILLEGAS, natural de Nájera (Rioja) donde nació por el año de 1595. A pesar de que sus padres no estaban sobrados de recursos, mandáronle á Madrid y Salamanca, con el fin de que estudiara jurisprudencia, pero él dejó á Témis por las Musas. En lucha con sus necesidades y con la escasez de recursos, y trabajando en vano por alcanzar un destino, que no llegó á lograr, pasó casi toda la vida en su pátria hasta que murió en 1669, á los sesenta y cuatro años de edad. Llamáronle por sobrenombre el *Cisne de Najerilla*.

Sus primeras composiciones, á las cuales dió el nombre de *Delicias*, las escribió, segun él mismo declara, á los 14 años de edad y las limó á los 20. Todas sus poesías las dió á la estampa en Nájera, el año de 1617, con el título de *Eróticas*. Divídese el tomo que las contiene en dos partes: la primera comprende las traducciones de Horacio y Anacreonte y varias imitaciones de este último, y la segunda, sátiras, elegías, idilios en octavas, sonetos y las *Latinas*, como él llamó á las composiciones que hizo imitando los exámetros y otras clases de versos usados por los antiguos, en lo cual no estuvo muy feliz.

Por punto general, las composiciones de Villegas respiran un espíritu verdaderamente poético. Las mejores son las *anacreónticas* en las cuales, ya traduzca, ya imite, raya á una gran altura, por lo que ha merecido las alabanzas de nuestros mejores críticos. En dichas composiciones, como en todas las ligeras que escribió, muestra Villegas gracia, ligereza, y afectuosa ternura, unido todo á locuciones tan poéticas como naturales y á una facilidad grande. La cantinela que empieza:

Yo ví sobre un tomillo
Quejarse un pajarillo
Viendo su nido amado,
De quien era caudillo,
De un labrador robado:

reune dichas circunstancias y es una de la más graciosas que tiene. Tambien merecen citarse la oda al *Céfiro* y la del *Amor y la Abeja*, que pueden servir de modelos en su clase.

Villegas llevó hasta la exajeracion los principios de su maestro Bartolomé de Argensola. Fué muy dado á usar verbos nuevos, como los de *armiñar*, *envidrar*, *enerar*, *ancianar*, que derivó de armiño, vidrio, enero y anciano, por lo que ha merecido las alabanzas de Mayans. No se las tributará por ello, ciertamente, quien tenga en cuenta que esos verbos y otros no ménos extraños que usó Villegas, así como la frase de *arroyuelo, hecho cinta de hielo* y la de *la*

abeja, verdugo de las flores, empleadas por el mismo autor, eran síntomas muy caracterizados de culteranismo.

Tal es la escuela clásica, en la que, en nuestro concepto, se funda la sevillana, llamada tambien oriental, de que en la leccion siguiente tratamos.

LECCION XXXIII.

Escuela sevillana ú oriental.—Iniciador de ella: Juan de Malara.—Verdadero fundador de la misma: Fernando de Herrera: su vida, instruccion y talentos.—Su lenguaje poético.—Triunfo del lirismo y del lenguaje hebráico.—Composiciones poéticas de Herrera é indicaciones acerca de algunas de ellas.—Otros poetas de la escuela sevillana: Céspedes y Pacheco.—Juan de Jáuregui: su vida y talentos poéticos.—Sus obras.—Su manera de considerar la Poesía.—Epocas que ofrece la vida literaria de este escritor y carácter de cada una de ellas.

En la cátedra del célebre humanista, el MAESTRO JUAN DE MAL-LARA Ó MALARA, puede decirse que tuvo su cuna la famosa escuela *oriental ó sevillana*, de cuyo orígen y desarrollo tratamos en la leccion XXX. No sólo como educador de la juventud que formó en las filas de dicha escuela, sino como iniciador del movimiento literario que la produjo, merece esta honrosa distincion Juan de Malara, en cuya casa se reunió aquella tan celebrada y docta academia compuesta de los más grandes ingénios sevillanos. Malara fué autor dramático, por lo que nos ocuparemos de él en lugar oportuno. Como lírico fué más estudioso que inspirado y cultivó con celo la poesía filosófica, á la que era inclinado por sus estudios y carácter, segun él mismo manifiesta en la obra que tituló *Filosofía vulgar*. Escribió una silva en latin en alabanza de las mujeres célebres, y un poema titulado *Los trabajos de Hércules*. En prosa dejó escritas obras muy estimables y en su mayor parte didácticas.

Entre los concurrentes á la academia de Malara figura en primera línea FERNANDO DE HERRERA, reputado como

el verdadero padre, el fundador de la escuela oriental ó sevillana. Escasas son las noticias que tenemos de este ilustre vate, y las pocas que hay se las debemos á su amigo y admirador Francisco Pacheco. Se sabe que Herrera nació en Sevilla por el año de 1534, de padres honrados; que fué hombre virtuoso, de altos pensamientos y de vasto saber, y clérigo de órdenes menores; que vivió en su honrada medianía de la cual no apeteció salir, como pudo, y que murió por el año de 1597 cuando contaba 63 de edad. En cambio de esta escasez de noticias, se conserva un hermoso retrato de Herrera que pintó el ilustre artista Pacheco, ántes citado, y que reproducido en grabado figura, con un prólogo de Rioja, al frente de la edicion que de las obras del insigne sevillano hizo en 1619 el mismo Pacheco. Hay una circunstancia en la vida de Herrera acerca de la cual la crítica anda algo desacorde. Nos referimos á los amores que por una dama de elevada alcurnia debió sentir el vate sevillano, á juzgar por el tono de varias de sus composiciones. Doña Leonor de Milan, condesa de Gelves, fué, á lo que parece, el objeto constante de la adoracion de Herrera, quien la cantó de la manera que Petrarca lo hizo con su Laura. Mas el estado de la condesa, por una parte, y el de Herrera por otra, encerraron la pasion de éste dentro de los límites de lo meramente ideal y platónico, y dieron á su lenguaje un tono lleno de respeto y de decoro, y á sus amores el carácter de *inocentemente inmorales*, segun expresion de un escritor francés muy buen apreciador de nuestra literatura (1).

Poseyó Herrera una erudicion vastísima á que daba realce su talento privilegiado. Estudió con gran provecho la antigüedad clásico-pagana y los escritores del Renacimiento, y fué muy docto en las lenguas latina, griega y hebrea, en algunas de las vivas, y en matemáticas y geografía. Así es que, además de las obras poéticas que han de ocuparnos en esta leccion, dejó notables muestras de su ingenio como escritor en

(1) Mr. de Latour, *Etudes sur l' Espagne*.